

EL PROTAGONISMO DE LA MUJER EN MI NARRATIVA

MANUEL GARCÍA HURTADO
ACADÉMICO CORRESPONDIENTE

Excmo. Sr. Director, Ilmo. Cuerpo Académico, señoras y señores, amigas y amigos todos. Después de los saludos de rigor, y en primer término, quiero manifestar mi complacencia por mi ingreso en esta bicentenaria institución; también declaro mi voluntad de ofrecer mi noble y leal colaboración en todo aquello que pueda contribuir al mejor funcionamiento y al mayor esplendor de la misma, tal como lo he venido realizando desde 1995, año en el que me vinculé a esta docta casa como correspondiente en Palenciana. Deseo hacer público mi agradecimiento a los señores académicos que posibilitaron tan distinguidos nombramientos en mi persona y muy señaladamente a D. Julián García García, a D. José Cosano Moyano y a D. Antonio Ojeda Carmona, numerarios que firmaron y avalaron mi propuesta. Asimismo, aprovecho la ocasión para expresar mi gratitud a D. Miguel Muñoz Vázquez (q. e. p. d.), a D. Joaquín Criado Costa y a D. José Luis Lope y López de Rego, quienes me propusieron como correspondiente en Palenciana.

Varios han sido los temas que he barajado para exponerlos en mi trabajo de presentación como académico correspondiente en Córdoba. E incluso, uno de ellos lo he desestimado después de haberlo concluido, pero al final me decidí por el que analiza el protagonismo que la mujer desempeña en mi narrativa. Quiero destacar la circunstancia de que dichas funciones femeninas fueron concebidas antes de que se produjera la gran preocupación que actualmente experimenta la sociedad por la injusta marginación y por las lamentables vejaciones sociales que hoy día padecen algunas mujeres. Del mismo modo quiero dejar patente que las características, los aspectos y los comportamientos de las mismas los dibujé a mi entera comodidad y ajenos a condicionamientos de clase alguna.

Llegado a este punto, considero conveniente puntualizar que mi afición narrativa es hija de la apasionada veneración que siento por la Historia; pero como en los capítulos de la misma, en las páginas de la gran Crónica, solamente se reflejan los rasgos generales de los acontecimientos que ocurren a lo largo de los tiempos y, si se dan a conocer algunas vicisitudes individuales, sólo se refieren a las grandes personalidades, quedando en el olvido las tribulaciones del pueblo llano, es decir, las preocupaciones del auténtico protagonista de la Historia. Abundando en el mismo concepto, diremos que los manuales de las crónicas despachan con reducidas líneas los sucesos históricos, así como las consecuencias que los mismos nos deparan, pero no nos manifiestan detalladamente la repercusión que experimentan en el hombre de la calle, quien constituye el sector más amplio de la sociedad. Por tal motivo, mis novelas quieren retratar las con-

secuencias que determinadas circunstancias produjeron en la vida de las personas, por lo que sus protagonistas se esfuerzan en adaptarse lo más fielmente posible a la realidad. Por todo lo expuesto, yo me atrevería a definirme, en cuanto a mi creatividad narrativa se refiere, como un honesto contador de realidades fantásticas o como un modesto relator de fantásticas realidades, sin que yo mismo sepa discernir la sutil línea que separa lo real de lo ficticio.

Por último, y antes de entrar en la materia que propiamente nos ocupa, quisiera dejar constancia de que el que suscribe proviene de familias con un fuerte arraigo matriarcal, en las que el criterio de las mujeres ha tenido un peso decisivo en las determinaciones que se toman en los asuntos propios del hogar, teniendo presente que en tiempos pasados la opinión de las féminas no se explicitaba más allá del íntimo círculo familiar; pero no es menos cierto que cuando el hombre de la casa tomaba una decisión, en la misma había influido poderosamente la opinión de la mujer, es decir, el criterio de la matriarca del hogar. Esta circunstancia que acabo de manifestar seguramente habrá tenido alguna incidencia en mi comportamiento con las mujeres y en la opinión que de las mismas tengo, así como en la concepción de la imagen con la que las reflejo en mis argumentos narrativos.

La cocina de mi abuela era rectangular, ni larga ni corta, ni ancha ni estrecha, ni alta ni baja... tenía proporciones armoniosas e ideales. Desde la cal amarilla hasta el suelo, las paredes de la cocina estaban blanqueadas, pero el perenne resplandor cobrizo de la hoguera marfilaba la blancura de la cal, haciendo la habitación menos deslumbrante y más acogedora [...]. Pero el meollo de la cocina era el fuego que ardía continuamente bajo la chimenea pintada, mil o más veces repintada de color sangretoro y ahumada con el mítico fuego de leña de olivo. Si la hoguera constituía la esencia de la casa, la abuela era el alma de toda la familia. Se levantaba con las primeras luces del día, encendía el fuego que vivificaba el hogar, y preparaba el desayuno, el almuerzo y la cena. Apenas salía de la cocina, que era el lugar de estancia y de reunión de toda la familia, y a mi me encantaba presenciar y participar en aquellas entrañables tertulias que me ilustraban, me formaban y me preparaban para la vida.

La abuela Dolores era toda comprensión. Lo absorbía todo sin el menor aspaviento, con la naturalidad propia de las cosas que son naturales. Su conversación era lógica y amable. Lógica y amable es poco, tengo que encontrar una palabra más apropiada, su conversación era vivificadora, porque daba ánimo, entusiasmo y ganas de disfrutar la vida a cuantos la escuchábamos. Ella, desde que enviudó, llevaba el peso de la familia y decidía en todos los asuntos.

Los párrafos que preceden pertenecen al capítulo *La abuela Dolores* de mi novela *Tierra del Sur*¹ y son tan explícitos para ilustrar el tema que estamos tratando que poco tenemos que añadir. Sin embargo, señalaremos que es muy significativo que el relato se inicie con un capítulo dedicado a una mujer, personaje que aunque no ejerce de protagonista principal, tiene un papel muy revelante y de su lectura se desprende que está entrañablemente tratado por parte del autor. No cabe duda de que la abuela Dolores es la llama vivificadora y la referencia esencial de toda familia. A ella se la puede considerar como el arquetipo del auténtico matriarcado de una familia de la baja burguesía agraria de la pasada centuria, es el genuino prototipo de unas mujeres que con su abnegado silencio orientaron, condujeron y gestionaron con extraordinaria eficacia el laborioso y complicado quehacer de la vida familiar.

¹ Manuel García Hurtado: *Tierra del Sur*. Córdoba, 1991.

La misma novela nos pone de manifiesto, en el capítulo *El Amallaves*, la personalidad y las dramáticas vivencias de dos personajes femeninos netamente antagónicos, pero que ambos, con comportamientos ajenos a las normas sociales imperantes y totalmente enfrentados, están motivados por las mismas necesidades acomodaticias y de supervivencia.

La Marquesa, sin necesidad de ningún detalle delatador intuyó que ciertas relaciones íntimas unían a su marido con el Amallaves. Su fino instinto de mujer se percataba de un no se qué que flotaba en el ambiente. Observó, vigiló y espió; pero todo fue en vano porque no logró señal alguna que los delatara. Sin embargo, estaba plenamente convencida de que su marido se entendía con su sirvienta. Una noche se lo recriminó agriamente:

- Demuéstrame con hechos y déjate de hablaturías. -Le contestó parsimoniosamente sin mirarla.

De nada sirvieron regañinas, rabieta y sofocones de la mujer. La sangre fría del Marqués, con quince generaciones de nobleza, no se alteró por tan poca cosa. Durante una buena temporada durmieron en camas separadas, y aunque en público mantenían las apariencias, en la intimidad ni se dirigían la palabra.

- Mañana mismo se marchará de mi casa.

- Cuanto más lejos la mandes, más tiempo necesitaré para buscarla. - Le contestó tranquilamente su marido.

Era la primera vez que el Marqués admitía aquellas relaciones; pero no perdió su fría, hipócrita y cínica sonrisa. La Marquesa pensó abandonar el hogar conyugal, sin embargo, recapacitó y cambió de idea porque estaba segura de que su marido seguiría tranquilamente en Los Toriles y el Amallaves se adueñaría de la situación

La vida en el cortijo discurría con placentera normalidad. Las relaciones del Señor con su amante eran tan discretas, que nadie, ni la propia Señora, las notaba. Con el paso del tiempo, ésta intuyó la mejor solución: comportarse como si nada ocurriese. Se acostumbró al distanciamiento que se había impuesto y a todo se le dio categoría de normalidad. La Marquesa estaba de buen ver y apetecer, pero el Amallaves era de otro estilo. La Señora era alta, fina, elegante y de gusto refinado. La sirvienta, en cambio, estaba fresca, lozana y apetecible como tajada de sandía... aquellas dos hembras se complementaban, y el Señor no se cansaba ni de la una ni de la otra.

En este capítulo se refleja una cruel realidad que, por desdicha, se ha repetido con machacona frecuencia a lo largo de los tiempos: un hombre se aprovecha sexualmente de la situación de inferioridad en la que se encuentran las mujeres. Una indignante realidad que a fuerza de ser tolerada y hasta solapadamente aplaudida por una sociedad injusta y machista, había tomado marchamo de naturalidad hasta para las mismas esposas, las verdaderas y auténticas víctimas de tan dramáticas y frustrantes vivencias. Esta secuencia da fe y certifica la hipócrita y reprochable actitud de una sociedad que permitía la infidelidad masculina mientras que condenaba sin paliativos las traiciones conyugales femeninas.

Aunque el protagonismo principal de la novela lo ofrece Florencio Flores, Pedro Pedrosa o Bruno Cabeo, nombres que utiliza el mismo personaje a lo largo del relato, la protagonista esencial lo es, sin duda alguna, Gregoria, la mujer del principal personaje en su última etapa de la vida, cuando se llama Bruno Cabeo. Gregoria, en el argumento novelístico, está adornada de todas las cualidades y virtudes que la sociedad de aquel tiempo exigía a una esposa, a una madre y a una abuela. Ella es respetuosa con su marido, hacendosa, obediente, alegre, comprensiva, tolerante, intuitiva, y buena administradora, sin que su buen hacer tuviera posibilidad de ejercitarlo en los asuntos que estaban circunscritos dentro del coto privado propio de los hombres.

De *Tierra del Sur* podríamos estudiar el comportamiento de otros muchos personajes femeninos, pero la falta de espacio, debido a las limitaciones específicas de esta publicación, me ha llevado a considerar más oportuno el análisis de las peculiaridades de protagonistas de otras producciones narrativas de mi autoría.

El protagonismo de *Tierra Barroca*² lo asume en toda su integridad una mujer, y lo hace con tal plenitud y con tanta brillantez que llega a eclipsar a los demás intervinientes, a quienes mercedamente les otorga la categoría de secundarios. El personaje esencial es Angelines, hija y heredera de una rica familia latifundista de mediados del siglo pasado.

Dicha familia era propietaria de dos hermosos cortijos, del pueblo y de la comarca, dueña de los hombres y de la vida de los hombres. Tenía una legión de servidores que eran siervos, y un ejército de trabajadores que eran esclavos.

La protagonista se enamoró de un apuesto joven, hijo de un jornalero, y la familia, lógicamente, se opuso con todas sus fuerzas y todas sus posibilidades a que dichas relaciones llegasen a buen término. La joven heredera mostró una férrea voluntad para conseguir sus propósitos y una irreprochable coherencia en la defensa de sus personales principios. A pesar de las persuasivas y coactivas presiones familiares, ella se mantuvo firme en sus convicciones, desafió razonada y valientemente el injusto orden social imperante y mantuvo su noviazgo en contra de las opiniones de unos y de otros. Pero se vio tan acosada y tan hostigada que no tuvo más remedio que fugarse con su prometido, hecho insólito en aquellas décadas de la España infundida de nacional-catolicismo, máxime cuando tal singularidad se produce en una familia de la alta burguesía agraria, estamento social que tenía la obligación de liderar el protagonismo ejemplarizante, según las pautas de la moral cristiana que imperaba en aquella época.

Esta decidida joven muy bien pudiera representar la pionera actitud de una valiente rebeldía que décadas más tarde abanderarían las jóvenes de los últimos años de la pasada centuria con el objetivo de conseguir el respeto y la dignidad que las mujeres se merecen.

Otro interesante personaje femenino de *Tierra Barroca* bien pudiera ser Gloria.

Gloria, esta extraña mujer que apareció en la casa del guarda supo curar a la hija de este hombre sobreimpresionada por un sobresalto que la hundió en un estado anímico aterrorizado y deprimido. Para ello utilizó su impresionante y cálido verbo, sus ágiles y acariciadoras manos, sus personales y desconocidas infusiones, y sobre todo, su capacidad persuasiva e hipnotizadora con un poder casi taumatúrgico [...].

Con la permanencia de Gloria hubo dos mujeres en la familia del Guarda para los quehaceres hogareños; la forastera se mostró como excelente ama de casa; pero de todas las tareas era el cuidado de los niños lo que más le entusiasmaba. Los atendía, los comprendía y los educaba primorosamente, por eso a los hijos de Fernando llegó a quererlos a la par que a su hija, o al menos no se advertía la diferencia [...].

Una noche, Fernando no conciliaba el sueño, daba uno y mil vuelcos en la cama desasosegando a la buena de su mujer que dormía el cansancio de sus huesos ajetreteados. Lo oyó levantarse, y no le preguntó a dónde iba, lo vio coger sus botas y sus ropas, abrió la puerta y descalzo y desnudo entró en el cuarto de Gloria. A la mujer del Guarda la ahogó el horror, la angustia, la humillación y la pena; no pudo levantarse, ni gritar, ni llorar...aquella noche fue la más larga y penosa de sus noches. A la buena mujer le huyeron los redaños y las fuerzas, y

² Manuel García Hurtado: *Tierra Barroca*. Córdoba. Diputación Provincial de Córdoba. 1993.

frustrada y deprimida fue incapaz de luchar. Aquella mujer oyó que su marido salió de la habitación con el alba y escuchó el sonoteo metálico de las espuelas en los peldaños de las escaleras, detrás bajó ella, y en la cocina encontró a Gloria, quien estaba radiante, fresca y lozana entre el fuego y los pucheros, junto a la chimenea y frente a la ventana.

El Guarda no había cambiado su vida cotidiana, ni en sus modos ni en sus costumbres había ni el más leve gesto que denotara un despego hacia su mujer o un afecto especial a Gloria. Superficialmente todo seguía igual... aparentemente igual, sin que nadie pudiera notar señal alguna o relación que delatase el amancebamiento o el adulterio. La mujer no tuvo ánimos, o tal vez intuyó su derrota y guardó un lacerante silencio, ella comprendió que a su marido nadie lo encadenaría y que si lo estrechaba, abandonaría para siempre el hogar familiar.

Así fueron pasando los primeros meses, y pronto la nueva vida íntima de aquella peculiar familia se fue haciendo una extraña e insólita costumbre, y dos mujeres compartían el lecho del mismo hombre sin que ninguno de los tres hablaran de tan singular y personal circunstancia.

Después de transcribir mutiladamente algunas secuencias del capítulo *Gloria*, poco nos resta por aclarar al respecto. Las dos mujeres, tanto la esposa del Guarda como Gloria, luchan por conseguir el mismo objetivo: por una cierta calidad de supervivencia... por un determinado bienestar en su *modus vivendi*, y cada una de ellas utiliza sus personales estrategias y hace uso de los medios defensivos y ofensivos que tiene a su alcance aunque, ciertamente, la transgresora, sin lugar a duda, lo es Gloria.

De mi novela inédita *Dos siglos de inefable existencia* consideraremos las características y el peso específico que dentro de su argumento tiene Antoniana, una de sus principales protagonistas femeninas. En cuanto a que dicho título no haya visto la luz pública, quiero manifestar que es usual en mis procedimientos organizativos y en mi método de trabajo que una vez concluido el borrador original de cualquier tipo de actividad literaria, lo dejo en reposo un determinado período de tiempo con el propósito de volverlo a releer con más serenidad cuando se me haya templado el efervescente ardor inspirativo, y, de este modo, poder acometer con mayor lucidez de ideas las modificaciones y replanteamientos que el sosiego y la reflexión me aconsejen. Pero además de este motivo, también hay otra causa de no menos peso y envidia. En mi modesta, lúdica y responsable faceta literaria me siento totalmente libre, encontrándome revestido con la privilegiada túnica de la auténtica independencia, ya que en mi satisfactorio divertimento domino totalmente todos y cada uno de los factores que intervienen en dicha situación, y hago y deshago a mi entera y acomodaticia voluntad, pasándome de unas a otras actividades según mis antojos y mi libre albedrío, sin que por ello tenga que rendir tributo a persona, institución o plazo temporal alguno, circunstancia ésta que me confiere una extraordinaria autoridad moral y además, me otorga una estimulante complacencia.

Una vez finalizadas estas líneas aclaratorias, paso a centrarme en el protagonismo que desempeña la mujer en la novela que estamos tratando. Tendremos que significar que dicha obra literaria ofrece un personaje colectivo, y el papel de protagonista lo ejercen varios matrimonios de la misma familia que se van sucediendo con el paso del tiempo a través de su propio hilo generacional. Las protagonistas encarnan en más o menos grado, con sus específicas diferencias y sus características personales propias, el modelo de mujer al que se aspiraba en el penúltimo siglo pasado: afectiva, bondadosa, dispuesta, laboriosa, sumisa y religiosa. Una mujer que con su talento y su sentido común debe contribuir al buen gobierno de la casa y a la prosperidad familiar. Así lo fueron Margarita, Carmen, Amadora y Anamaría... sin embargo, Antoniana, la última

protagonista de este relato difiere de sus predecesoras en dos aspectos esenciales, apartándose en gran medida de las pautas y de los cánones a los que debían ceñirse las mujeres de la pasada centuria.

Una de las características más comunes y arraigadas en la personalidad de las mujeres se refiere a su disposición y habilidad para contribuir al buen gobierno de la familia, colaborando, asimismo, en el aumento del patrimonio familiar; sin embargo, el comportamiento de Antoniana siempre estuvo muy alejado de dicha disposición. No sólo no contribuía a la buena administración de las propiedades específicas de la familia, sino que las despilfarraba a manos llenas, y sin que en ninguna ocasión sufriera desasosiego por tan lamentable particularidad. Bien cierto es que su esposo, en ese aspecto, era del mismo talante y de idéntico proceder, si bien dicha circunstancia no eximía a nuestra protagonista de tan inusual y pernicioso conducta. Desde la víspera de su boda, la buena mujer se mostró dispuesta a desprenderse de sus propiedades para poder sostener un estilo de vida cómodo, alegre y despreocupado, y para poder mantener un status por encima de sus posibilidades... y la pródiga señora, para mayor facilidad en sus flaquezas, encontró el patrimonio adecuado y un marido desprendido, indolente y derrochador; y de tal manera era así, que cuando vendía alguna de sus muchas propiedades, los esposos manifestaban la satisfacción, la complacencia y el orgullo propio de las personas que aumentan sus propios bienes.

Pero Antoniana es un personaje que agrada, enternece y se cuele hasta el fondo de nuestro corazón. Es una mujer culta, sencilla, caritativa, elegante, alegre, afectiva y colaboradora; totalmente ajena a toda clase de ínfulas, presunciones, orgullos, desdenes y soberbias... una señora que sólo tenía el defecto de dilapidar su patrimonio, pero dicha flaqueza únicamente afectaba a su familia y no perjudicaba a persona ajena en modo alguno. La personalidad y el carácter de Antoniana además del anteriormente expuesto, poseía también otro rasgo distintivo muy peculiar. En efecto, la protagonista en cuestión era muy indulgente con las infidelidades conyugales de su esposo, actitud y comportamiento más insólito y aún menos frecuente que el que se ha reseñado con anterioridad. Agradarle, con toda seguridad que a Antoniana no le complacían las infidelidades de su marido, pero ella, a fuerza de ser buena persona, no montaba en cólera, ni organizaba grandes riñas, ni provocaba extraordinarias trifulcas, y por motivos que otras féminas justifican la separación matrimonial, nuestra buena señora sólo le amonesta y a lo sumo le condena varias noches, con intención profiláctica, a dormir en el trastero.

Tenemos que significar que este matrimonio se compenetró a las mil maravillas, que ambos se consideraban, se respetaban y se querían a pesar de las continuas enajenaciones que sufrían sus propiedades, y a pesar de la indolencia, la gandulería y la infidelidad del esposo. Considero que es de justicia destacar que estas personas que vivieron envueltas en el ocio, la comodidad y el derroche, supieron adaptarse al mundo laboral y a la penuria económica cuando las sucesivas ventas las dejaron sin recursos económicos y sin que jamás protestaran por tan adversa circunstancia. Por último, y refiriéndome también a tan entrañable matrimonio, considero oportuno precisar que los comportamientos de esta pareja tienen más de realidad que de ficción, y aunque no es lo usual y lo cotidiano, también hay personas de carne y hueso con características muy similares a las de la protagonista del último tramo argumental de mi novela inédita *Dos siglos de inefable existencia*.

Hasta este momento nos hemos venido refiriendo a personajes pertenecientes al mundo literario del género novelístico, protagonistas que, aunque se hayan esforzado en revestirse con ropajes de la más auténtica realidad, al fin y al cabo no dejan de ser

creaciones hijas de la ficción y de la fantasía del autor. Sin embargo, las protagonistas a las que seguidamente nos referiremos son auténticamente reales, ya que pertenecen al universo de la biografía, y aunque cargadas de subjetivismo, ellas aparecen reflejadas en las páginas literarias tal como el protagonista las ha ido percibiendo a lo largo del tiempo, y siempre insertas en su propio mundo y en sus específicas circunstancias. En este caso nos estamos refiriendo a la publicación *El palpitar de las vivencias*³. En el argumento de este último título se va desgranando la biografía de Antonio Hurtado, un hombre de izquierdas muy significado y comprometido en la actividad política. En dicho hilo argumental se narran las experiencias del protagonista en su exilio africano, donde tiene que desenvolverse en una sociedad con dualidad de lenguas y culturas, ambas diferentes a las suyas.

El auténtico protagonista de este relato, lógicamente, lo es el propio biografiado, quien nos proporciona inestimables testimonios que nos dan a conocer el papel desempeñado por la mujer cuando dicho personaje se refiere a ellas. Muchas son las féminas que se alojan en el abigarrado universo vivencial de tan activo exiliado, pero nuestra atención se va a centrar exclusivamente en el comportamiento de una joven casadera. No obstante lo dicho, en primer lugar reflejaré someramente las opiniones de nuestro hombre acerca de su madre y de su esposa. En cuanto a la primera nos dice:

Nuestro soldadito no sólo sufría el desgarró de la separación de la novia, sino que también le hería señaladamente la situación enfermiza y preocupante de su propia madre, una mujer limpia y hacendosa donde las hubiera: “No me importa que mis hijos lleven remiendos en la ropa, lo importante es que vayan limpios”. Un ama de casa que se levantaba con el alba, preparaba el hogar, llevaba la lechería y no se acostaba hasta dejarlo todo “tan limpio como los chorros del oro”, como ella misma solía decir.

Numerosas son las referencias que Antonio Hurtado hace de su esposa, pero como muestra significativa bien vale la siguiente:

Uno de los viajes más dolorosos y de recuerdo más lacerante quizás sea el que hicieron a Lanjarón, cuando llevaron a su esposa a tomar tan magníficas aguas medicinales, pero tuvieron que dejarla internada en una clínica para curarle una depresión que venía arrastrando, y aquellos fueron los días más difíciles y amargos que nuestro protagonista ha atravesado a lo largo de su azarosa existencia.

Cuando la ingresaron en la residencia y la familia tuvo que regresar a Rabat, a Antonio Hurtado se le abrió la tierra bajo los pies y todo el desgarrado peso del mundo gravitó sobre sus espaldas. Cuando la tía María le preguntó por la enferma, el esposo rompió a llorar como un niño; pero con su rápida recuperación y su vuelta a Rabat, de nuevo volvió a reinar la alegría en casa, y aquella dramática experiencia le hizo comprender el privilegiado lugar que María ocupaba en las entretelas de su corazón.

Considero que estas referencias certifican el papel fundamental de la mujer en el círculo íntimo del biografiado en cuestión y nos demuestran el sentido común del protagonista, así como el respeto, la consideración, el reconocimiento y el afecto que Antonio Hurtado siente hacia las féminas.

En el capítulo *La Pájara*, Antonio Hurtado nos describe explícita y magistralmente el descarado acoso que él mismo sufre por parte de una joven con el objetivo de conseguir uno novio casadero. Más explícitas y elocuentes que las palabras que en esta ocasión

³ Antonio Hurtado Aragón y Manuel García Hurtado. *El palpitar de las vivencias*. Córdoba, 1997.

puedan aflorar de mi pluma, con toda seguridad que serán las que se reflejan en la propia biografía.

Cuando el joven llegó a la casa de Rabat, tuvo la impresión de que lo estaban acechando y se sentía como el animal que intuye que le han tendido una trampa para cazarlo. Todo eran sonrisas, agrados y parabienes; el padre le hablaba del campo... la madre también charlaba largo y tendido, pero no de agricultura, sino del despropósito de que vivieran dos hombres solos y sin compañía femenina [...].

-¿Quieres tomar algo?

Y la dichosa niña se arrimaba cada vez con más descaro y osadía, y Antonio Hurtado ni se molestaba en retirarse. El padre le hizo señales para que moderase su apasionado acoso, pero la madre se dirigió a la cocina, llamó al marido, y desde el cuerpo de casa se oía un cuchicheo contenido, gruñón y un tanto áspero y huraño... y la niña continuaba sobándole los muslos a su invitado con toda la tranquilidad del mundo.

-¿Por qué no vienes a mi cortijo el próximo domingo? Te espero, no me falles.

Antonio Hurtado la miraba indeciso y extrañado por tan inaudito proceder. ¡Vaya manoseo que la joven le obsequiaba a su apuesto invitado! Y la madre, mientras tanto, sirviendo el café y sin querer ver tan desvergonzado magreo. A todo esto, Antonio recelaba del café.

-¿Le habrán echado algunos aliños? [...]

Cuando la moza terminó de recoger los cubiertos y el mantel de la mesa, subió al dormitorio, volvió con un vestido muy provocativo y tomando a su invitado de la mano le dijo:

-Vámonos a la puerta, hace una noche maravillosa.

El padre se sonrojó y agachó la cabeza avergonzado, la madre miró al "prometido" con la más alchahueta de las sonrisas y la hija arrastró al joven fuera de testigos de vista. Sí, una noche maravillosa ... una noche de besos, apretones y mordiscos en el oscuro campo de Kenitra [...].

Entiendo que no es preciso abundar sobre el insólito comportamiento de la joven porque con lo anteriormente expuesto es más que suficiente para hacerse cabal idea de las intenciones y de las agallas de ambas mujeres, tanto de la madre como de la hija; sin embargo, quisiera hacer algunas puntualizaciones sobre este episodio. Debo confesar que el precedente capítulo, por lo insólito y lo descarado del mismo, fue el que más me llamó la atención, y aunque nuestro biografiado se mostró en todo momento veraz, comedido y coherente, sospeché que en esta cuestión tal vez se habría propasado un poco, pero las conversaciones que sobre este asunto mantuve con él me convencieron de que todo lo que había expuesto sobre tan anómala situación se atenía a la más estricta realidad. Hecha esta aseveración, debo manifestar que jamás he tenido noticia ni conocimiento de que en la vida diaria se hayan producido comportamientos similares a los anteriormente descritos, y que en este caso se cumple sobradamente el aforismo que nos advierte de que en muchas ocasiones, la cotidiana realidad supera a la propia fantasía.

Una vez que hemos reflejado el protagonismo de algunas mujeres según el hilo argumental de las novelas citadas, quiero traer a colación como testimonio y llamada de atención sobre lo expuesto, los datos incluidos en nuestro trabajo de investigación titulado *Separación de Benamejé y Palenciana*⁴, ambos tipos de texto documentan cómo y de qué forma tan efectiva operaba la delimitación de espacios privados o públicos en función del género y así, mientras que en las novelas y en los fragmentos biografiados hemos podido encontrar a la féminas encendiendo fuego, cocinando, lavando, segando,

⁴ Manuel García Hurtado: *Separación de Benamejé y Palenciana*, Córdoba, Cajasur, 1994.

pariendo, ilusionando, curando, y hasta incluso amortajando difuntos; pero cuando se trata de actividades fundamentales, o al menos consideradas importantes para la mentalidad masculina, la participación de la mujer brilla por su ausencia. Así lo demuestra el proceso negociador recogido en el estudio de investigación citado, que abarca, nada más y nada menos que la tercera parte de toda una centuria, en el que se celebran veinticinco reuniones, y en sus ciento veinte folios documentales se estampan un centenar y medio de firmas, y en ningún caso aparece la intervención, el criterio, el nombre o la rúbrica de mujer alguna.

De este modo, el testimonio fedatario de esta documentación histórica se convierte, en este caso, en una pieza clave que nos ofrece el contrapunto, el contraste y la exacta medida de la función de la mujer en la sociedad española en tiempos pasados. No obstante lo expuesto, queremos significar que desde hace varias décadas, la mujer ha ido elevando sus cotas de gestión, de participación y de decisión dentro de la sociedad, y de tal modo es así, que en un cuarto de siglo, la mujer española ha conseguido más libertad y más grado de autosuficiencia que en dos largos milenios de Historia, sin que con ello se quiera decir que todavía no quede camino por recorrer en pro de alcanzar toda la libertad, toda la autonomía y toda la consideración que la mujer se merece.